

Aceptación, Adaptación, Transformación. Acomodos afectivos de la vida cotidiana en tiempos de COVID-19 en Santiago de Chile

Paola Jirón, Walter Imilan, Inés Figueroa, Francisca Basaure, Adriana Brinck, Gonzalo Peña, Carolina Rivera, Jaime Cuyanao, Eduardo Osterling*

RESUMEN: A medida que la pandemia del COVID-19 avanza en Santiago de Chile, las autoridades chilenas adoptan diversas medidas que restringen la movilidad. Estas han acompañado -muchas veces de manera tardía- las medidas salubristas, económicas o sociales. En respuesta, las personas acomodan sus prácticas, produciendo nuevos conocimientos en el proceso, desde una vida cotidiana que se experimenta en quiebres y reconfiguraciones. Mediante etnografías remotas¹, realizadas durante los primeros cinco meses de la pandemia, junto con diversos/as habitantes de Santiago que siguen moviéndose a pesar de las restricciones sanitarias, se observa cómo estos/as se acomodan, ya sea aceptando e intentando mantener prácticas anteriores; adaptándose con nuevas prácticas espaciales o transformando sus formas de habitar la

¹ Proyecto MOVYT “Etnografías Virtuales de Movilidades Urbanas durante la Emergencia del Coronavirus (Covid-19)”.

ciudad. Ninguna de estas modificaciones se sobrelleva de manera fácil, pues la emocionalidad entrecruza las diversas formas de enfrentar, ya sea individual y colectivamente, la situación compleja que vivimos.

Palabras clave: movilidad, vida cotidiana, COVID-19, Santiago de Chile

ABSTRACT: As the COVID-19 pandemia advances in Santiago de Chile, Chilean authorities adopted diverse measures in order to restrict mobilities. These courses of action have been implemented alongside - many times belated - health, economic or social ones. As a response, urban dwellers accommodate their practices, producing new knowledges in the process, while experiencing reconfigurations and difficulties in their everyday life. Through remote ethnographies carried out during the first five months of Chilean pandemic, with diverse dwellers in Santiago who continue to move despite the sanitary restrictions, we observe how they accommodate either accepting and trying to maintain their previous practices; adapting through new spatial practices or transforming their ways of using the city. None of these accommodations are carried out in an easy or fluid manner, as emotions intertwine the diverse forms of confronting, individually or collectively, the complex situations that we are living.

Keywords: mobility, everyday life, COVID-19, Santiago de Chile

1. Introducción

A partir del 18 de marzo de 2020, Chile entró en la Etapa 4 del Coronavirus COVID-19, lo que indica que existe circulación viral y dispersión comunitaria del virus. Frente a esto, el Gobierno decidió cerrar todas las fronteras y declarar Estado de Excepción

Constitucional de Catástrofe por Calamidad Pública en todo el territorio nacional, así como activar medidas preventivas en términos de salud², incluyendo cuarentenas dinámicas en diversas comunas del país de acuerdo con los brotes del virus. Durante las cuarentenas, las salidas eran permitidas con permisos diarios para trabajar, comprar, asistencia médica, o casos excepcionales por un cierto número de horas diarias. Luego de meses de pandemia a nivel mundial, Chile ha sido rankeado entre los 10 países más afectados por la pandemia, según la Universidad John Hopkins³.

Las medidas tardías, insuficientes y confusas por parte del gobierno, generaron una evaluación negativa por parte de la ciudadanía. Pronto comenzaron a surgir datos del alto nivel de desempleo y de empleo informal (38,9% a diciembre 2019) donde un porcentaje importante de la población no se encontraba en condiciones de teletrabajar ni permanecer en sus casas (Kremerman & Durán 2020). Esto obligó al gobierno a implementar diversas medidas de apoyo al impacto económico en los trabajadores. Diversos mecanismos parciales y poco acertados fueron implementados, incluyendo bonos, créditos y apoyos de transición. En pocas semanas, y frente a la críticas y protestas respecto a la insuficiencia de estas medidas, el gobierno respondió con la repartición de cajas de alimentos, mientras la ciudadanía se organizó en torno a ollas comunes y el apoyo comunitario a las personas con mayor dificultad económica y sanitaria. En julio del 2020, en respuesta a las aún insuficientes medidas de apoyo frente a la crisis socio-sanitaria, se aprobó en el Congreso Nacional la modificación de ley que permitiría a los trabajadores el retiro del 10% de los fondos individual de pensiones, lo cual fue considerado por algunos como un quiebre en el sistema de pensiones chileno, y para otros, como la forma más eficiente de entregar recursos a los chilenos para enfrentar la crisis.

2 Restringir las libertades de locomoción y de reunión, incluida la reclusión domiciliaria de todos los habitantes declarados en cuarentena y prohibición permanente de salir de sus domicilios para los mayores de 75 años; decretar el toque de queda o prohibición total de circulación de personas y vehículos, durante 7 horas diarias, bajo resguardo militar y policial; disponer de la requisición de bienes y servicios, afectando directamente el derecho de propiedad, incluyendo el cierre de empresas; modificar las atribuciones de las autoridades administrativas; y condicionar la vida pública, prohibiendo reuniones o manifestaciones.

3 Según datos oficiales, a fines de agosto, Chile registraba una tasa de mortalidad de 59 decesos por cada 100.000 habitantes, siendo el quinto país con más decesos después de Perú (87), Bélgica (85), España (62) y Reino Unido (61). Según el Ministerio de Salud, a septiembre 2020, Chile cuenta con más de 440.000 personas contagiadas y más de 12.000 personas fallecidas (MINSAL).

En este contexto, la vida cotidiana de los habitantes de la ciudad de Santiago se vio visiblemente afectada, tanto en términos de salud como económicos, sociales y afectivos. Frente a esta situación, y reconociendo que parte importante de la población de la ciudad tendría que continuar moviéndose pese a las cuarentenas, ya que las posibilidades de teletrabajo estaban restringidas a un grupo privilegiado de la población, el equipo de investigación MOVYT⁴ decidió hacer un acompañamiento remoto a personas que seguirían moviéndose durante la pandemia ya que interesaba, en el contexto de altos niveles de inmovilidad, conocer las diversas experiencias de movilidad que sucederían en un momento tan excepcional. Fue así como, sin saber cuánto tiempo durarán las medidas implementadas, desde principios de abril alrededor de 20 personas fueron invitadas a ser acompañadas de manera remota en sus prácticas de movilidad para comprender cómo sus vidas cotidianas se transformaban en este contexto. Para el presente texto seleccionamos y sintetizamos 4 casos que dan cuenta de las dificultades de acomodo, adaptación y transformación que han vivido los habitantes de la ciudad de Santiago que se mantuvieron en movimiento. Primero se presenta la importancia de la vida cotidiana para los habitantes urbanos, luego se presenta la metodología utilizada y finalmente se comparten relatos que dan cuenta de la complejidad del habitar cotidiano y su relación con diversos ámbitos de las vidas cotidianas durante la pandemia en Santiago.

2. La importancia de la vida cotidiana

Los estudios territoriales han incorporado en tiempos recientes el análisis de la vida cotidiana para comprender la producción de espacio, lo que permite poner en el centro a los y las habitantes, quienes, a partir de sus prácticas del día a día, producen sus territorios. Observar y analizar las transformaciones en la vida cotidiana desde las prácticas de movilidad es

⁴ El Núcleo Milenio Movilidades y Territorios MOVYT (www.movyt.cl) es un centro de investigación dedicado al estudio de la experiencia moverse y sus implicancias en la vida de las personas, sean movilidades diarias, transfronterizas, inter o intraregionales, por trabajo, cuidados, etc.

una forma de espacializar dichas prácticas, identificar conflictos y poder, y de develar los cuerpos como la primera escala en las estrategias que ponen en práctica las personas para lidiar con los efectos de las medidas de control de la pandemia. Esto es aplicable tanto para Chile como para el resto del mundo, ya que la pandemia ha interrumpido de manera radical la vida cotidiana.

La vida cotidiana puede ser comprendida como aquellos eventos que generalmente son imperceptibles, pero que, sin embargo, son quizás los más íntimos (Dewsbury, 2003). Se plantea como el entramado que une lo cotidiano y lo histórico, lo ordinario y extraordinario, lo rutinario y lo inesperado (Lalive D'Épinay, 2008). Tal como plantea Lefebvre, “es en la vida cotidiana donde toma forma y se configura la suma total de las relaciones que hacen de lo humano – y a cada ser humano – un todo” (Lefebvre, 1991: 97). Para Lefebvre, el problema con la vida cotidiana es que sus contornos pueden ser vagos al incorporar eventualmente todas las prácticas que realizamos (Goonewardena, 2011). Tradicionalmente, la vida cotidiana ha sido considerada como las actividades residuales, lo que queda fuera de las actividades especializadas, estructuradas. No obstante, la vida cotidiana se refiere a una totalidad, es una forma de poder entrelazar lo que el conocimiento especializado y político ha fragmentado como formas de ejercer el poder. Según Lefebvre (1991), la vida cotidiana permite recuperar el conjunto de relaciones y actividades que las personas experimentan.

Esta indagación sugiere hacer visible los aspectos poco familiares que son invisibles o no son cuestionados debido a su familiaridad. El habitar urbano contemporáneo se vuelve escenario para un proceso dinámico: hacer familiar lo que no es familiar, acostumbrarse a la disrupción de lo habitual, intentar incorporar lo nuevo, y ajustar a diferentes formas de habitar (Highmore, 2002). Para Highmore (2002), lo no cotidiano, lo excepcional, se puede encontrar en el corazón de lo cotidiano. Del mismo modo para Gardiner (2000), lo ordinario se puede volver extraordinario no eclipsando la vida cotidiana, sino apropiando y activando completamente las posibilidades que yacen ocultas en él.

La primera distinción sobre la vida cotidiana es sobre su invisibilidad, la cual se refiere a los aspectos ocultos de la vida, esas partes secretas de nuestras vidas que muchas veces son ignoradas o incomprendidas por la investigación y práctica urbana (Jarvis, Pratt et al. 2001), ya que los estudios urbanos muchas veces no ven la vida cotidiana como problemática o simplemente la invisibilizan en su análisis. Las personas desarrollan

múltiples actividades y roles en el día a día, donde cada una de estas prácticas se produce en, con y desde el espacio. Lefebvre (1991) insiste en la necesidad de observar aquellas actividades que pueden parecer insignificantes. Para él, es en los momentos en que somos multifacéticos y en los que realizamos múltiples tareas en que la vida cotidiana se vuelve más nítida, vivida y tangible, cuando las personas viven más de una vida (Ross, 1992, en Highmore, 2002).

Esto nos lleva a la segunda distinción: el conflicto. Es decir que es precisamente cuando una persona está intentando ser, por ejemplo, simultáneamente madre, esposa y trabajadora, que la experiencia de vida cotidiana da cuenta de las complejidades o facilidades que las personas experimentan durante sus días. Según Highmore (2002), la vida cotidiana puede esconder o hacer visibles las diferencias sociales, de maneras positivas o conflictivas. Esto requiere cuestionar la transparencia de la vida cotidiana, y en particular los discursos sobre ésta, y exponerla como un terreno problemático y en disputa, donde no resulta fácil rastrear los significados de manera automática y las relaciones de poder se traducen en luchas, negociaciones, transformaciones, resistencias, subversiones (Reguillo, 2000) y experiencias diferenciadas. La diferencia es crucial en el análisis de la vida cotidiana urbana: observar cómo una experiencia puede ser tan distinta a otra, independiente de llevarse a cabo en contextos aparentemente similares. Al observarse desde una sola perspectiva, el análisis urbano oculta los aspectos desconocidos de la vida cotidiana que pueden reconocerse como esenciales en la manera en que las ciudades se producen, reproducen y son vividas.

Otra distinción se relaciona con el espacio temporal, el cual no solo nos sitúa como investigadores dentro de la vida cotidiana, es decir, esta vida cotidiana no solo les sucede a otros que están allá afuera, algo vivido por otros, sino que al ser todos parte de esta vida, no nos podemos salir de ella. Esto significa que es importante comprenderla como el tejido que sostiene las vidas de todas las personas. Por lo tanto, es la dimensión espacial o el 'dónde' de la vida cotidiana es fundamental: cuáles son los espacios que se toman en cuenta, en los que se enfoca la observación de la vida cotidiana, así como también los tiempos y prácticas observados. Las prácticas cotidianas en el espacio urbano pueden servir para mediar entre individuos

y colectivos por un lado y estructuras e instituciones más amplias de la sociedad por otro (Vaiou & Lykogianni, 2006).

Un último aspecto que resulta recurrente al observar la vida cotidiana moderna, o la forma en que la sociedad moderna fragmenta la vida (Highmore, 2002). Particularmente desde la movilidad, es posible observar la fragmentación espacio-temporal de la vida cotidiana, dada la creciente especialización laboral, la separación entre lo doméstico, el ocio y lo laboral. La fragmentación de la vida cotidiana se asocia estrechamente con aspectos urbanísticos, en términos de cómo la localización de los espacios en que las personas desarrollan las diferentes actividades de su vida cotidiana implica complejos desplazamientos, con el movimiento como un aspecto que resalta en la espacialidad de la vida cotidiana en las grandes ciudades. La intensidad de estos movimientos se ve en general como un aspecto negativo asociado a un incremento del cansancio, tedio y estrés en la vida cotidiana de las personas, sin embargo, tal como explican Jirón e Imilán (2018), es también un aspecto fundamental en sus vidas.

En este sentido, existe una posición explícitamente política adoptada por los estudios de vida cotidiana, al dar cuenta que, en determinados momentos históricos, la vida cotidiana es el resultado de las fuerzas de producción, específicamente del capitalismo en la modernidad. En términos de Lefebvre, se habla de la miseria de la vida cotidiana, en relación con lo rutinario, al tedio que experimentan las personas como resultado de vidas absolutamente determinadas por lo laboral, en desmedro de los aspectos creativos que la vida tiene en potencia. Con relación a esta distinción, algunas aproximaciones a la vida cotidiana toman un enfoque que apunta a su transformación. Es decir que, más que describir la vida cotidiana, resulta necesario explorar las formas en que ésta es transformada. Desde una mirada feminista, particularmente desde geógrafas feministas que intentan poner énfasis en las relaciones de poder, y en las desigualdades incrustadas en la experiencia cotidiana (Peake 2015a; 2015b 2020; Massey 2004, 2005a, 2005b; McDowell 2004, Valentine 2001; Hanson & Hanson 1991; Hanson & Pratt 1991; Molina 2013; Soto 2018), se destaca que la vida cotidiana requiere, primero, reconocerse como un espacio donde la vida se une a partir de los cuerpos que la habitan en el día a día, para luego, poder transformar las relaciones de poder existentes en la sociedad, particularmente aquellas relaciones que oprimen a las mujeres y a muchas personas que vivencian su cotidianidad de manera desigual. Las medidas

de control de la pandemia afectan y exacerban, en efecto, desigualdades que las personas experimentan en sus vidas cotidianas.

Desde el reconocimiento de la importancia de la vida cotidiana, y la posibilidad que tiene la movilidad para observarla (Jirón e Imilan, 2018), resulta clave comprender ¿qué sucede cuando este movimiento es restringido? ¿qué nos sucede con nuestro habitar cotidiano? ¿qué nuevos roles? ¿qué nuevos aprendizajes surgen? ¿De qué forma son experimentadas las desigualdades existentes? ¿Cómo cambian nuestras relaciones la ciudad y otros habitantes? A continuación, se intenta abordar algunas de estas interrogantes.

3. Acomodos para observar la suspensión de la vida cotidiana

Al inicio del período de cuarentena en gran parte de las comunas de Santiago, el equipo de investigadores vinculados al MOVYT exploró la posibilidad de acompañar a personas habitantes de diversas partes de la ciudad durante este periodo. El equipo de investigación ha implementado la técnica de sombreado (Jirón 2010) en numerosos estudios con el fin de analizar la relación entre vida cotidiana y territorio. La técnica del sombreado, inserta dentro un conjunto de técnicas con perspectiva etnográfica, se basa en acompañar durante jornadas completas a las personas en cada una de los desplazamientos y actividades que realizan durante ella. Por cierto, siempre dentro de las posibilidades que las personas permiten. De esta forma, se realiza un registro pormenorizado de las prácticas cotidianas junto con construir una relación conversacional en lo cotidiano con las personas participantes (Jirón e Imilán 2016). Frente a las circunstancias de distanciamiento y cuarentena, se optó por llevar a cabo acompañamientos remotos de las prácticas de movilidad. Se invitó a las personas a involucrarse en el estudio en un escenario incierto respecto a las medidas de protección en desarrollo, pero que, justamente, nos interesaba registrar el devenir de ese escenario y el impacto en sus cotidianidades a través de conversaciones regulares por teléfono o mensajes de texto, envío de imágenes o mensajes de voz durante sus movilidades, así como las

implicancias domésticas, familiares o sociales. En este contexto, un equipo de 6 etnógrafa/os procedió a documentar los procesos de adaptación de la vida cotidiana de personas que se mantenían en movimiento regular por motivos laborales. En total, han participado cerca de 20 personas de género, actividades, ingresos económicos y lugares de residencia diversos. Este proceso de documentación se inició a principios del mes de abril 2020 y se ha mantenido hasta la fecha actual (septiembre 2020) con regulares actualizaciones de la situación personal, en promedio con contactos cada 15 días.

Al ser el trabajo etnográfico no presencial, se basó en la comunicación mediada por el teléfono celular, especialmente a través de la plataforma Whatsapp. El propósito no fue llevar a cabo una etnografía virtual en términos que el campo mismo de investigación fuera lo virtual u online (Hine, 2000; Skågeby, 2011; Lenihan & Kelly-holmes, 2016) o tomar atención en las interacciones entre lo online y offline para comprender las vidas cotidianas, como se sugiere, por ejemplo, en la etnografía celular (Gómez Cruz, 2017). Nuestra estrategia se basó en utilizar herramientas de comunicación digitales para reconstruir las vidas cotidianas, en estos términos, el trabajo se acerca a lo que se ha empezado a plantear con fuerza en pandemia como etnografía remota⁵, un tipo de técnica donde las interacciones entre investigadores y participantes se virtualizan, lo que implica, replantear, en primer término, la práctica etnográfica y la centralidad de la observación participante, y en segundo lugar, el acceso a una relación de las esferas íntimas y privadas de las personas (Winocur, 2013).

Como en todo trabajo etnográfico, la regularidad de las conversaciones y acceso a información ha estado sujeto a los ritmos de interacción propios de cada participante. El equipo de etnógrafos/as se reunía de manera online cada dos semanas para comentar avances y situaciones e ir tomando decisiones sobre qué ideas ir discutiendo con las personas participantes. En semanas recientes se han implementado medidas de desconfinamiento, sin embargo, nuestro interés es continuar con la documentación de los procesos de vida de las personas participantes para comprender el arribo de una “nueva normalidad”.

5 Ver: “Christine Hine Interview - Doing Ethnography Remotely” en https://www.youtube.com/watch?v=XRn_eUQFhLQ

4. Acomodando la vida cotidiana móvil a la pandemia

4.1 Aceptaciones: Aurora

Aurora, 39 años, vive en Ñuñoa junto a su pareja Cristián y Anita, la hija de ambos, de poco más de un año. Ella es veterinaria y él arquitecto. Él trabaja en casa y ella se mueve en su automóvil por toda la Región Metropolitana de Santiago y de Valparaíso visitando clínicas veterinarias entre ambas regiones. La pareja vive con animales que pasean a diario. Los efectos de la pandemia aparecen temprano, en sus viajes entre Santiago y Valparaíso se hace visible la disminución de buses interurbanos y en casa deben hacerse cargo por completo de las labores del hogar, apoyadas antes de la cuarentena por una persona de servicios de limpieza, Ignacia, que trabajaba *part-time* de lunes a viernes. Cristián queda a cargo de la hija durante la semana y trabaja los días en que Aurora no sale a sus actividades laborales. Los cambios son aceptados, buscando cómo hacerles frente.

Aurora crea un protocolo de cuidados, un proceso de ensayo y error al que irá agregando y sacando elementos durante el período de emergencia sanitaria. Por su experiencia en el área de la salud, la mascarilla era de uso habitual en su vida, pero hay otros ámbitos que sufren adaptaciones, ensayos, errores. Entre estos está el uso del cuerpo. Aurora define un “dedo sucio” o “cochino” con el cual tocar timbres, llamar ascensores, abrir puertas, el cual luego desinfecta concienzudamente con alcohol gel. No toca nada en sus trayectos, a excepción del interior de su auto, percibido como un espacio sanitizado. Todo lo posiblemente contaminado va a la maleta. Se mueve entre las compras online, que toma y deja durante el período, y la visita a supermercados y negocios que encuentra en sus rutas hacia sectores más alejados, donde hay menos personas que en los cercanos a su hogar. Ahí compra tranquilamente, de a pocos. También visita farmacias y verdulerías donde inevitablemente interactúa con objetos y personas. Las compras son posteriormente lavadas en el hogar. Pasa del uso de la mascarilla a la adición de una mascarilla de mica tipo soldador, llamado “escudo facial”. Al principio le da vergüenza usarla, luego la utiliza y luego la deja. Era de mala calidad y se dobló. Cose botones a un cintillo para evitar

el dolor de las orejas provocado por la mascarilla. Compra una nueva mica. Innova, deja atrás, vuelve a otro objeto.

Su relación con las calles también se adapta. Observa períodos con más o menos autos, comunas donde la cuarentena se respeta más y otras donde no. También la imposibilidad de quedarse en casa en algunos sectores. En un comienzo sus viajes se enfrentaron a la novedad de los controles sanitarios. Sentía temor, pues escuchó que el salvoconducto era su credencial de veterinaria, ¿pero si le tocaba fiscalización con alguien que no estaba enterado de esto? No solo es fiscalizada dentro de la ciudad, sino también en sus trayectos a la Región de Valparaíso. Se prepara para salir más temprano cada vez, pues no sabe cuánto tiempo perderá. La controlan, se pone nerviosa, pero con el tiempo integra estos controles como parte del viaje y comienza a conocer sus ritmos, casi siempre controlan de a tres autos y los días festivos la cantidad de autos es mayor.

En casa la loza y la necesidad de aspirar se acumulan. Compran una aspiradora robot, adelantan las cosas que pueden mientras intercalan las labores del hogar con los cuidados de Anita. Hay períodos en que Cristián tiene más trabajo, otros menos. Ella por suerte se mantiene estable, incluso con más trabajo de lo habitual, excepto durante unas semanas en que la pandemia provoca un quiebre de stock de insumos. Continúa saliendo, con menos tiempo que antes para las actividades de ocio, pero confiada en que tener trabajo en estas circunstancias de crisis e incertezas es algo que le hace bien.

4.2 Adaptaciones: Clara

Clara es médica. Tiene 52 años y vive en la comuna de La Reina junto a su marido, profesional, y tres de sus cuatro hijos, estudiantes universitarios. Trabaja en varias comunas de Santiago cumpliendo distintos roles: uno de sus trabajos es en un hospital público, otro en el área de docencia de una universidad y también atiende consultas médicas en una red de salud privada en dos comunas de Santiago. Antes de la pandemia se movía en auto a sus trabajos presenciales. Poco utilizaba su computador y celular, pero hoy el panorama es distinto, pues pasa la mayor parte del tiempo en estos aparatos, ya sea haciendo telemedicina o clases online. Ha adquirido nuevos conocimientos y ha transformado la mayoría de sus prácticas laborales.

Las primeras semanas de marzo atendió de manera normal. Lo primero que percibió fueron los cambios en la relación médico-paciente. El

distanciamiento se fue normalizando rápidamente; pasó de saludar de beso a hacerlo con la mano, para luego dar solo un saludo verbal, sin contacto físico. Mantuvo el metro de distancia aconsejado, a menos de que fuese estrictamente necesario examinar al paciente.

Como medida frente al avance de la pandemia, a mediados de marzo el hospital y la red de salud privada implementaron un sistema de turnos, con una semana presencial y otra de teletrabajo. La docencia se transformó de presencial a online. Decidió anular su consulta particular y, pese a no saber de tecnologías, hacer telemedicina a través de la plataforma *Zoom*: “La primera parte de la telemedicina la hice a pulso. Aprendí a usar *Zoom* e hice una prueba atendiendo a una paciente gratis”. En un comienzo, solo unos pocos aceptaron el cambio de modalidad, pero con el paso de los meses mejoró la recepción de los pacientes a la telemedicina. A la par, Clara fue notando que esta modalidad no era “tan fácil, la consulta es más larga y más barata”.

En un principio fue difícil acostumbrarse a trabajar desde casa, “no es muy lindo estar en teletrabajo... cuando tengo que salir todo funciona más fácil que cuando me quedo”. Las extensas jornadas frente al computador, sin pausas para alimentarse o descansar, la tienen agotada. A mediados de abril habilita una pieza como oficina e intenta definir horarios con el objetivo de diferenciar entre trabajo y tiempo libre. Usa su iPad para conectarse a las consultas por telemedicina y el notebook para escribir la ficha clínica. Con el paso de las semanas logra mejoras en el uso de las tecnologías y, si algo no le funciona, pide ayuda a sus hijos. Ha logrado sentirse más cómoda. Lo único que no puede hacer por telemedicina es tocar al paciente para examinar y/o contener, pero en su especialidad no se dan “tantas” malas noticias.

En abril surgen nuevos cambios en la telemedicina. Deja de utilizar *Zoom* para migrar a una plataforma online que le entrega los servicios de solicitud de hora, ficha clínica y telemedicina. Planea seguir utilizándola cuando regrese a la consulta presencial, tanto para solicitudes de hora como para fichas clínicas, lo que introduciría un cambio radical al registro manual llevado por ella y su secretaria previo a la pandemia.

Las consultas por telemedicina disminuyen en mayo. Cree que puede deberse a que había planificado reabrir la consulta presencial a mediados del mes, por lo que muchos pacientes prefirieron esperar esta modalidad.

JIRÓN - IMILAN - FIGUEROA - BASAURE -BRINCK - PEÑA - RIVERA - CUYANAO
- OESTERLING

Sin embargo, debido al aumento de los contagios, debió suspenderlas y agendar por telemedicina.

Desde que comenzó la pandemia su familia no cuenta con empleada doméstica, lo que ha sido una situación problemática, ya que, pese a la ‘ayuda’ de su marido e hijos, ella es la que se encarga de gran parte de las labores del hogar. Está agotada. Los turnos que ha intentado organizar para el desarrollo de las tareas del hogar al interior de su familia no han funcionado, y ella de todas formas termina dirigiendo, supervisando y ejecutando las tareas que les corresponden a sus hijos y marido. Cuenta que una persona fue a hacer aseo una vez por semana, en mayo. Se trataba de una mujer mayor que vivía con su madre —parte de la población de riesgo—, por lo que solo trabajó ese mes.

Estos meses ha transitado entre la pena y la rabia por las injusticias y precariedades que ha visibilizado la pandemia, lo que la ha movilizó a realizar campañas solidarias para compra de insumos y equipamientos hospitalarios. La posibilidad de realizar estas acciones le ha permitido valorar su trabajo en el servicio público, junto con sentirse bien y útil en este contexto.

Junio fue difícil. A inicios de mes se desmayó durante una reunión online. Apagó la cámara, se recostó un rato y volvió a su rutina. Pensó que era estrés, pero los exámenes arrojaron otra cosa. No pidió licencia. Sentía que debía hacer reposo, pero al mismo tiempo le pedían que se hiciera cargo de los pendientes. Le costó asumir la enfermedad. Sabe que necesita bajar su carga laboral, por lo que a fin de año quizás deba renunciar a alguno de sus trabajos. A mediados del mismo mes la llamó una antigua empleada, angustiada porque no tenía trabajo. Clara le ofrece ir a su casa una vez por semana, a limpiar y cocinar. “Estoy haciendo trampa”, dice. Siente que en este contexto no es lo correcto, por el riesgo de contagio, pero, por otro lado, sabe que la señora necesita trabajar, y que ella necesita ayudarse a sí misma. Está cansada y siente que “es mucho más complejo hacer la consulta online”, por lo que decide ir disminuyendo el número de horas por telemedicina. Aunque la cantidad de pacientes es relativa, sabe que esta modalidad llegó para quedarse; es una solución para las personas de provincia, por lo que planea implementar una tarde de telemedicina permanente cuando termine la pandemia.

4.3 Adaptaciones: Recetario para sobrevivir una pandemia

Francisca, de 28 años, manejaba un negocio propio: una banquetera con la que hacía eventos, almuerzos y desayunos corporativos, además de cenas gourmet a domicilio. Compraba los insumos al por mayor, generalmente por internet, y contaba con un stock de “casi todo”, que almacenaba en el departamento compartido con una amiga. Algunos de sus contactos trabajaban como garzones para ella. En un comienzo le costó acostumbrarse al rubro de la banquetería y compatibilizar los horarios con su vida social. Tuvo que aprender a inventar cosas que hacer sola; no obstante, le encanta su modo de vida, “vale la pena la frustración”. Es muy consciente de su formación y de su contexto socioeconómico: “tengo harta suerte, para mí ha sido fácil”, y es que, en sus palabras, la banquetería “es puro contacto y pituto”⁶.

Con el estallido social de octubre de 2019, la mayoría de los eventos se suspendieron. Lloró mucho, pero “hay que reinventarse no más... Trabajar como independiente en este contexto es una ventaja”, pues no debe pagar sueldos ni arriendo. Durante noviembre y diciembre de ese año trabajó en una asesoría. En enero de 2020 retomó el servicio de banquetería, ahora con una socia. No obstante, con el arribo del COVID-19 y las cuarentenas, los clientes comenzaron a cancelar los eventos. Francisca se separó temporalmente de su socia y nuevamente se vio en la necesidad de reinventarse, pero esta vez lo tomó de forma más relajada. Comenzó a preparar menús a domicilio para comunas del barrio alto, que publicaba a través de Instagram. Además, regresó a casa de sus padres.

Con el tiempo quiso dar un foco más social a su trabajo. A través de sus contactos, llegó a una fundación con hogares para personas de la tercera edad. Comenzó a entregar almuerzos, con la idea de ayudar más que de generar un negocio rentable económicamente. Pidió donaciones a través de Instagram y, al ver que todo marchaba, ofreció el servicio a otro hogar de la misma fundación. Luego se sumó un tercero, en distintas comunas. Una municipalidad le facilitó la cocina y los insumos para preparar los almuerzos y cenas del hogar de su comuna, además de pagar un sueldo a dos cocineros más.

⁶ Término coloquial chileno para referirse a un trabajo esporádico.

⁷ Inicio de grandes manifestaciones en Chile en contra de las desigualdades sociales

Los días lunes cocina para toda la semana en la sede de la municipalidad, y los días martes y viernes la municipalidad reparte a su hogar y una familiar de Francisca a los otros. Los miércoles y jueves se encarga del *mise en place* (dejar todo picado, entre otras labores) y los domingos hace las compras en el supermercado. Antes solía pedir por delivery, pero ahora —al no estar su socia— ya no puede facturar como empresa. Además, desconfía del delivery y sus protocolos a causa de la pandemia.

La cantidad de personas a las que ayuda con almuerzos va en aumento. Procura que el menú sea lo más balanceado posible, pero esto depende en cierta medida de las donaciones que llegan a la Municipalidad como insumos. A partir de estas, y de lo conseguido por ella, arma el menú en conjunto con sus cocineros. No obstante, las donaciones han disminuido, sobre todo ahora que la Región está en cuarentena total y ya se sienten los meses de encierro. Ella está bien de ánimo, tranquila, pues sabe que sus clientes regulares volverán a llamarla; sin embargo, al tener más tiempo libre se empieza a angustiar. Los almuerzos le toman poco tiempo y, según cuenta, “me estaba volviendo loca en mi casa”. Para paliar esta angustia comienza a hacer deporte junto a su hermana y actividades para despejarse junto a su familia. Con ellos baila, juega juegos de mesa y cocina. Además, en julio comienza a vender galletas y brownies que cocina junto con una de sus hermanas. Su hermana se encarga de los pedidos y del estudio de mercado, mientras que ella ve el inventario, pues es “buena para ver lugares con cosas baratas”. El trabajo no para, aun en sus tiempos libres, en los que ve series mientras arma cajas para las entregas o atiende otros asuntos laborales.

Antes de partir con la pastelería se sentía bajoneada y aburrida. Este trabajo le ha subido el ánimo y la ha llevado a reflexionar sobre su pasado reciente: “ha sido súper rico. Me di cuenta de que me había hecho medio mal vivir sola, de que no estaba tan bien”, “en mi depto estaba bien depresiva, no hacía nada”. Ahora cocina los días martes en la municipalidad y el resto de los días se dedica a la pastelería. Deja las masas congeladas para luego hornear todo fresco y hace las entregas tres días por semana. Hasta el momento, esta receta ha dado resultado.

4.4 Transformaciones y resistencias: El diario de Gilda

Gilda, periodista, tiene 29 años y vive sola en Santiago centro. Reportea para un canal de televisión, por lo que siempre supo que iba a estar expuesta al virus, aunque nunca temió contagiarse. A comienzos de marzo, su lugar de trabajo implementó las primeras medidas para evitar el contagio: tomar la temperatura (primero en los escritorios, luego en la entrada), suspender las reuniones de pauta masivas (el editor da el tema a cada uno por separado) y dejar de compartir micrófonos en el reporteo, momento en que los periodistas se encuentran más expuestos. Cada profesional debía usar una esponja propia, que servía también para “locutear” las notas en el canal. Se cerró el casino⁸, se sacaron los bancos de afuera y los almuerzos se trasladaron a los escritorios o a la sala de reuniones. Se sacaron los lectores de huellas y se eliminó la apertura de puertas con credencial: ahora quedaron abiertas de forma permanente.

La última semana de marzo se implementó un sistema de turnos, consistente en 3 equipos con turnos intercalados. Se dispusieron móviles para ir a buscar a los trabajadores a sus casas, en estos un plástico separa al conductor de los pasajeros, quienes deben ocupar mascarilla todo el tiempo. A Gilda le tocó el último turno, por lo que regresó al trabajo recién la segunda semana de abril. Le entregaron guantes y mascarillas, y le pusieron una inyección de Neurobionta. Desde su última vez en el canal, Gilda había perdido la esponja del micrófono pero, por suerte para ella, para los reporteros se empezó a forrar los micrófonos con *alusa plastg* y a utilizar caña para asegurar la distancia social con los entrevistados. Además, volvieron a abrir el casino, aunque con modificaciones.

Esa primera semana “estuvo súper cansador” y con mucho desgaste emocional, pero los jefes compraron pie de limón, pizzas y chocolates a todos los turnos. “Fue regaloneo puro [...] nos tratan de felicitar todo el día”. Incluso salieron más temprano. Le tocó hacer notas desde el mismo canal, con imágenes, audios y videos que mandan los entrevistados, pero para otras tuvo que salir a reportear. En el reporteo debe usar mascarilla y guantes y sentarse separada en el móvil. Los conductores ya no ayudan a

⁸ Término coloquial para referirse a los comedores o cafeterías en espacios de trabajo o estudio.

⁹ En Argentina a este tipo de material se lo denomina *papel film*.

bajar cosas, como hacían antes. No obstante, se preocupan de desinfectarlos antes de que suban al auto. “Cuando hemos estado en lugares peligrosos por contagio, ellos mismos nos desinfectan”. Luego de su primera semana bajo el sistema de turnos, a Gilda le tocó adentrarse en el trabajo remoto. De los 14 días en casa, hay 6 libres y 8 días de trabajo ordenados de manera discontinua. En la mañana le dan un tema y a media tarde tiene que tener una nota lista para ser revisada.

A comienzos de mayo percibe que en el canal hay ya una cierta rutina y acostumbramiento: “las cosas ya están como impuestas”. A pesar de que los casos iban en aumento (el 1 de mayo se alcanzaron casi los mil casos de contagio por día), notó una cierta impaciencia por tratar de regularizar la situación. Se volvió a utilizar la sala de reuniones y se comenzó a evaluar la idea de que los periodistas que cumplían trabajo remoto salieran a reportear con algún camarógrafo del mismo turno. Se siente cansada, pero contenta de poder trabajar. El ritmo de trabajo se pierde fácil al pasar dos semanas en casa, y trabajar siete días de corrido también se nota. También se puede palpar la incertidumbre en el aire, sobre todo cuando a alguien le toca ir a algún lugar percibido como “peligroso” por contagio COVID.

A mediados de mayo se reportaron los primeros casos de coronavirus en el trabajo. Su turno se mantuvo sano, pero tuvieron que volver a trabajar unos días antes para apoyar a los demás. A partir de estos casos, se tomaron nuevas medidas y más extremas. Al ingresar al turno deben rellenar una ficha señalando a qué personas vieron y en qué lugares estuvieron. Al reportear, deben usar un overol blanco que botan inmediatamente después. Ya no se reestructurarán los turnos ni saldrán a reportear en cuarentena. No se pueden sentar cerca de otros, solo una persona por escritorio. Tampoco pueden almorzar juntos. Habrá fiscalizaciones y “amonestación” para quien no respete estas medidas, aunque no sabe de qué tipo.

En junio el panorama no fue muy diferente. El canal dejó de hacer grandes cambios y la rutina ya estaba establecida de cierta forma. El overol blanco quedó instaurado para los reporteros, les hacen un test rápido al ingresar al turno y les entregan un protector facial para usar dentro del auto. Su turno tuvo su primer y único caso de Covid hasta el momento, pero Gilda asegura que “no me da miedo, si me da ojalá que no sea tan fuerte para morir en el hospital”. Cuando no está en el canal continúa haciendo notas desde su casa. Hace unas semanas se mudó con su pareja y adoptaron un perro.

En julio se introducen nuevas medidas, incluyendo un plástico de separación entre camarógrafos y periodistas en los móviles. En el casino, una cruz indica dónde sentarse y se distribuye un manual de comportamiento por el chat del turno. En este se especifican medidas tales como una puerta de entrada y otra de salida, evitar conversar, mantener la separación de dos metros, utilizar el dispensador de alcohol gel, lavarse las manos, entre otras. El ambiente está bien, pero están cansados. El uso de la caña se ha relajado un poco. Es más, ella no la usa, “es un cachoro”. Llega agotada a casa y apenas tiene energía para sacar a pasear a su perro. De esto se encargaba su pareja, pero ahora él regresó a la casa de sus padres por un tiempo para que se “pudieran extrañar”, pues “nos estábamos medio odiando”.

5. Prácticas, afectos y ciudad

La principal medida para controlar la pandemia ha sido la restricción de las movilidades. Aún las personas que se han mantenido en movimiento han cambiado radicalmente sus prácticas. Estas movilidades, si bien son prácticas individuales, en contexto de pandemia podrían ser vistas como aisladas, mantienen su condición relacional con las personas y prácticas inmóviles. Las movilidades de esta forma permiten comprender cómo el conjunto de la vida cotidiana ha sido trastocado, exigiendo a las personas a procesos que involucran aceptación, adaptación y transformación. Estos procesos son construidos desde las emocionalidades que ocupan el centro de la construcción de una cotidianeidad en pandemia. Tres elementos se develan a partir de los relatos, a saber; miedo e incertidumbre, nuevos aprendizajes y nueva experiencia con la ciudad.

El miedo e incertidumbre son emociones presentes en prácticamente todas las actividades cotidianas que se realizan. Vinculado tanto a la posibilidad de contagio con el virus como a la incertidumbre laboral o de generación de ingresos, así como la duración de las medidas restrictivas. Este miedo se expresa en el cuerpo y sus usos, la protección y la limpieza. El

¹⁰ Término coloquial chileno, significa “una molestia”.

miedo a portar el virus y contagiar a sus núcleos familiares tanto como la interrupción de proyectos personales.

Por otro lado, el quiebre en las vidas cotidianas exige nuevos aprendizajes. Las personas no sólo aprenden a comportarse por medidas de seguridad, sino sobre todo deben adaptarse y transformar sus saberes y conocimientos para reorganizar sus vidas cotidianas. Para ello, nuevas prácticas surgen en el hogar, vinculadas a los cuidados y labores domésticas. La atención de menores y de otras personas que requieren especial cuidado, así como otras prácticas cotidianas como la alimentación exigen negociaciones y construcción de nuevos roles. Adicionalmente, la idea de “reinención” laboral se encuentra presente de diferentes formas, desde el aprendizaje de técnicas de teletrabajo para poder servir a sus actividades anteriores a la pandemia hasta la reconversión laboral que implica crear actividades de generación de recursos de forma creativa.

La experiencia con la ciudad se ve fuertemente afectada. En principio, el paisaje urbano se transforma por el vaciamiento de la ciudad, los controles de seguridad y los accesos restringidos. La distancia social transforma la experiencia de moverse por la ciudad en una experiencia solitaria, relatada con tristeza y miedo respecto a los otros habitantes, así como al uso de equipamientos urbanos. La idea de centralidades urbanas se desvanece, los lugares donde se realizan las actividades cotidianas cambian de localización, se evitan los espacios de concentración de personas y se configuran redes de lugares dispersos que se aprovechan en el transcurso de las movilidades. De esta forma, la geografía misma de la ciudad se transforma.

Estas tres dimensiones transforman de forma significativa la vida cotidiana de las personas. Emociones como el miedo e incertidumbre y tristeza se encuentran en el centro de las experiencias de aceptación, adaptación y transformación de las vidas cotidianas. Estos procesos no son lineales, más bien se experimentan de forma zigzagueante e inestables. La forma en que son experimentadas las restricciones a las movilidades por quienes aún se han mantenido en movimiento, permiten comprender de forma relacional los procesos que han llevado a la transformación de las vidas cotidianas hasta la fecha.

Cabe destacar que producir investigación en este contexto también ha implicado nuevas formas de trabajar con las personas participantes. Estos aprendizajes han sido positivos no sólo en la posibilidad de realizar trabajo etnográfico remoto mediante el uso de técnicas de comunicación mediadas

por plataformas virtuales, sino sobre todo ha develado la relevancia de las emociones en el compartir las vidas cotidianas. Para varias personas acompañadas durante este periodo, así como para el trabajo colectivo del equipo de etnógrafos, acompañarse emocionalmente en los momentos más difíciles de la pandemia, también ha sido un aprendizaje de formas más situadas de enfrentar el trabajo de campo.

Conclusiones

La principal medida para controlar la pandemia ha sido la restricción de las movilidades. La movilidad es una dimensión central en la vida cotidiana de las personas, a través de ellas realizamos diversas actividades, nos relacionamos con personas y lugares, y a través de ellos, construimos sentidos de nuestro habitar. Al trastocar la movilidad, la completa vida cotidiana ha sido alterada. Las movilidades siempre son relacionales, sus propósitos y formas están en relación con los que no han podido moverse durante la pandemia, por ello, poner atención en las movilidades no sólo permite entender cómo se trastocan los trayectos y, con ello, actividades y sentidos, de las personas que se mueven, sino también de los que han permanecido en casa.

En este contexto, nuevos aprendizajes han ocupado un lugar central, tanto de habilidades y conocimientos, así como la adopción nuevos roles y toma de conciencia de desigualdades que en el flujo de la vida cotidiana “normal” eran invisibles. En efecto, el quiebre de la vida cotidiana ha traído consigo una toma de conciencia de ella; lo que era invisible se torna visible y objeto de reflexión.

El control de la pandemia se expresa en una biopolítica, en un control sobre los cuerpos; las distancias, los lavados y el uso de mascarillas, entre otros. Las personas que se mueven por la ciudad tienen conciencia como nunca de sus cuerpos, y por ello, aflora la emocionalidad como un estado consciente permanente; desde los movimientos, las interacciones y los miedos que emergen de la aceptación, adaptación y transformación de las prácticas cotidianas.

La excepcionalidad de los tiempos que hemos vivido ha abierto otras posibilidades a técnicas de etnografía remota, donde tanto investigadore/as como participantes han compartido la interrupción de la cotidianeidad y, en parte debido a ello, permitido construir sentidos comunes. Es evidente que los impactos son desiguales y diferenciados, pero el hecho de compartir una interrupción de la cotidianeidad ha posibilitado la construcción de una empatía que requiere de un mayor análisis a posteriori, respecto, no tan solo del uso de una comunicación virtual, sino también sobre la posicionalidad de la investigación social en un contexto como el de pandemia.

Es difícil prever cómo será el mundo post pandemia, pero es probable que la experiencia de quiebre en nuestras vidas cotidianas dejen sus huellas en la relación con la ciudad, sus lugares y actividades y, por sobre todo, en nuestros cuerpos, conciencias y emociones.

Recibido 25 de septiembre de 2020. Aceptado 18 de febrero de 2021

* Paola Jirón. Profesora Asociada Instituto de la Vivienda, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile. PhD Planificación Urbana y Regional (LSE). Directora MOVYT. Correo: paolajiron@uchilefau.cl

Walter Imilan. Académico de la Universidad Central de Chile. Doctor en Planificación Urbana y Regional, Technische Universität Berlin. Director Alterno MOVYT. Correo: walter.imilan@ucentral.cl

Inés Figueroa. Licenciada en Antropología, Universidad de Chile. Diplomada en estudios sociales del cuerpo. Etnógrafa MOVYT. Correo: inesfigueroa@uchilefau.cl

Francisca Basaure. Antropóloga Social, Universidad de Chile, Magíster en Patrimonio Intangible, Sociedad y Desarrollo Territorial, Universidad Arturo Prat. Estudiante de Magíster en Cine Documental, Universidad de Chile. Etnógrafa MOVYT. Correo: fran.basaure@gmail.com

Adriana Brinck. Antropóloga social y Licenciada en Arqueología, Universidad de Chile. Etnógrafa MOVYT. Correo: abrinck@uchilefau.cl

Gonzalo Peña. Antropólogo Social Universidad Alberto Hurtado. Etnógrafo MOVYT. Correo: gonzalopenab@gmail.com

Carolina Rivera. Antropóloga Social Universidad Alberto Hurtado. Asociación Geoeduca. Etnógrafa MOVYT. Correo: crivera@geoeduca.cl

Jaime Cuyanao. Artista Audiovisual. Correo: contactowaikil@gmail.com

Eduardo Osterling. Etnógrafo. Migrante. Magíster en Hábitat Residencial de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile. Antropólogo. Autor, guionista e investigador responsable en @LaQuebradilla. Etnógrafo MOVYT. Correo: eosterling@uchilefau.cl

Bibliografía

Gómez Cruz, E. (2017). Etnografía celular: una propuesta emergente de etnografía digital. *Virtualis*, 8(16), 77-98.

Lalive D'Epinay, C. (2008). La vida cotidiana: construcción de un concepto sociológico y antropológico. *Sociedad Hoy*, (14), 9-31.

Kremerman, M. & G. Durán (2020) "Por qué el plan económico ante el Covid-19 es insuficiente y lo agrava el dictamen que permite no pagar remuneraciones" *Columna de Opinión CIPER Chile* 27.03.2020. [https://www.ciperchile.cl/2020/03/27/por-que-el-plan-economico-ante-el-](https://www.ciperchile.cl/2020/03/27/por-que-el-plan-economico-ante-el-covid-19-es-insuficiente-y-lo-agrava-el-dictamen-que-permite-no-pagar-remuneraciones/)

[covid-19-es-insuficiente-y-lo-agrava-el-dictamen-que-permite-no-pagar-remuneraciones/](https://www.ciperchile.cl/2020/03/27/por-que-el-plan-economico-ante-el-covid-19-es-insuficiente-y-lo-agrava-el-dictamen-que-permite-no-pagar-remuneraciones/)

Gardiner, M. (2000). *Critiques of everyday life*. Oxon: Routledge.

Goonewardena, K. (2011). Henri Lefebvre y la revolución de la vida cotidiana, la ciudad y el Estado. *Urban*, (2), 25-39.

Hanson, S., & Hanson, P. (1993). Chapter 10 The Geography of Everyday Life. *Behavior and Environment - Psychological and Geographical Approaches*, 249-269. doi:10.1016/S0166-4115(08)60046-1

JIRÓN - IMILAN - FIGUEROA - BASAURE -BRINCK - PEÑA - RIVERA - CUYANAO - OESTERLING

- Hanson, S., & Pratt, G. (1991). Job search and the occupational segregation of women. *Annals of the Association of American Geographers*, 81(2), 229-253.
- Highmore, B. (2002). *The Everyday Life Reader*. London: Routledge.
- Hine, C. (2000). *Virtual Ethnography*. London: Sage.
- Jarvis, H.; Pratt, A.C. & Cheng-Chong Wu, P. (2001). *The Secret Life of Cities. The Social Reproduction of Everyday Life*. London: Routledge.
- Jirón, P. (2010). On becoming 'la sombra/the shadow'. M. Büscher, J. Urry & Witchger, K. (Eds.), *Mobile methods* (pp. 36-53). London: Routledge.
- Jirón, P. & Imilan, W. (2018). Moviendo los estudios urbanos. La movilidad como objeto de estudio o como enfoque para comprender la ciudad contemporánea. *Quid* 16, (10), 17-36.
- Jirón, P., & Imilan, W. (2016). Observando juntos en movimiento: posibilidades, desafíos o encrucijadas de una etnografía colectiva. *Alteridades*, 0(52 Jul-Dic). Recuperado de <https://alteridades.izt.uam.mx/index.php/Alte/article/view/883>
- Lefebvre, H. (1991). *Critique of everyday life* (Vol. 1). London: Verso.
- Lenihan, A., & Kelly-holmes, H. (2016). Virtual Ethnography. Zhu Hua (Ed.), *Research Methods in Intercultural Communication: A Practical Guide*. London: Wiley.
- Molina, I. (2013) Sexismo flexible y malabarismo—sobre las prácticas cotidianas de la clase obrera en tiempos de la transnacionalidad. En M. A. Aguilar y P. Soto (Coords.), *Cuerpos, espacios y emociones: aproximaciones desde las ciencias sociales* (pp. 221-249). México: Miguel Ángel Porrúa, UAM Iztapalapa.
- Peake, L. (2020) Urban Geography: Gender in the City. A. Kobayashi (Ed.) International Encyclopedia of Human Geography (Second Edition, Vol. 5). London: Elsevier, 281-291. <https://doi.org/10.1016/B978-0-08-102295-5.10186-6>
- Peake, L. (2015a). The Twenty-First-Century Quest for Feminism and the Global Urban. *International Journal of Urban and Regional Research*, 40(1), 219–227. doi:10.1111/1468-2427.12276
- Peake, L. (2015b). On feminism and feminist allies in knowledge production in urban geography. *Urban Geography*, 37(6), 830–838. doi:10.1080/02723638.2015.1105484
- Reguillo, Rossana (2000). La clandestina centralidad de la vida cotidiana. A. Lindón (eds.). *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. Barcelona: Anthropos.
- Skågeby, Jörgen (2011). Online Ethnographic Methods: Towards a Qualitative Understanding of Virtual Community Practices. B.K. Daniel (Ed.), *Handbook of Research on Methods and Techniques for Studying Virtual Communities: Paradigms and Phenomena* (pp. 410-428). IGI Global. <http://doi:10.4018/978-1-60960-040-2.ch025>
- Soto Villagrán, P. (2018). Hacia la construcción de unas geografías de género de la ciudad. Formas plurales de habitar y significar los espacios urbanos en Latinoamérica. *Perspectiva Geográfica*, 23(2). 10.19053/01233769.7382
- Valentine, G. (2001). *Social Geographies: Space and Society*. New York: Prentice Hall.
- Vaiou, D. & Lykogianni, R. (2006). Women, Neighbourhoods and

Everyday Life. *Urban Studies* 43(4): 731-743.
<https://doi.org/10.1080/00420980600597434>

Winocur, R. (2013). Etnografías multisituadas de la intimidad online y offline. *Revista de Ciencias Sociales*, (23), 7-27.